

7932

El anciano que agonizaba bajo la carga de oxígeno, en París, durante la Nochebuena de 1963, estaba terminando allí la tercera etapa de su vida: la había iniciado en 1937, cuando la Guerra Civil española lo enfrentó, de golpe, con los rigores del compromiso. Murió esa noche, antes de la llegada de la Navidad: nadie pudo decir entonces —ni ahora— que Tristan Tzara había perdido su tiempo.

Asociado a perpetuidad al nacimiento de Dada —ese padre del surrealismo, y abuso de toda la anarquía del siglo—, Tzara fue mucho más que un agitador: a la manera de los samanes que recorren el camino del Dharma, hizo cada cosa en el momento oportuno. Quizá ninguno de sus contemporáneos podría ser su par en ese aspecto: arquetipo del guerrillero cultural a los veinte años, demostró ser un creador de primera magnitud cuando pasó los treinta (*L'homme approprié*, 1923-1930) y se dedicó a la militancia política una década después, en la edad de la razón, esa frontera otomana con la sabiduría.

Había nacido en Mánesti, un pueblo de Rumania, el 4 de abril de 1896 (el año oracular que vio el estreno de *Ubu Rex*, y los nacimientos de Artaud, Breton y el misterioso Gui Rosset, volatilizado de este mundo en el puerto de Marsella, a mediados de 1941), y sus biógrafos insisten en que se llamaba Sammy Rosenstock, o Rosenstein, aunque él siempre negó la existencia de todo otro nombre que no fuera su eufónico seudónimo de batalla.

No había cumplido por lo tanto veinte años, el 8 de febrero de 1918, cuando realizó el gesto que aseguraría su perduración, sentado ante una mesa del Café Terrasse, de Zurich: abrió el avar un diccionario Larousse, y clavó la punta de un cortapapel sobre la primera palabra que encontró; esa palabra era Dada, a la que unos meses de teoría y prácticas revolucionarias le bastarían para convertirse en todas las palabras.

Su compatriota Marcel Janco, los alemanes Hugo Ball y Hans Hasenbeek, y el serbio Jean Arp estaban con él; probablemente, ninguno supo la longitud de la marcha que acababan de emprender. Hasta el apogeo de la crítica existencialista, en la segunda posguerra, se daba por sentado que el breve hastío de vida orgánica de Dada (1916-1922) no había servido básicamente más que para engendrar el surrealismo. La realidad los desmintió: el desprestigio del engagement, los renovados brotes nihilistas de la década del sesenta, el pensamiento estructuralista, son las señales de que el espíritu de Dada, lejos de volver al polvo junto con su cuerpo, quedó clavado como un indicador de tránsito en la cultura y el arte de este siglo.

"El pensamiento se hace en la boca", informó Tzara, como un Bautista de Roland Barthes. "Para su creador, la obra no tiene ni causa ni teoría", imaginó, anticipando la dependencia del pensamiento individual a las estructuras de conocimiento: "No puede haber falso Dada", concedió en el límite de su sapiencia, acaso porque sabía, medio siglo antes de que la frialdad de un análisis se lo demostrara, que no podía falsearse aquello que no existía: que el Dada era tanto una metafísica para alimentar la experiencia poética como

ANIVERSARIOS

Diciembre 24, 1963

Muere Tristan Tzara

una imposibilidad histórica.

Esperado como un profeta en el París de la posguerra, llega allí en 1949 para convertirse en el líder del inquietante grupo de la revista *Littérature* (Breton, Soupault, Picabia, Aragon). Profesional del escándalo, sacude París con un reguero de insolencias, que van desde las publicaciones (el nudo del Nguifisto de 1918, en la famosa frase "Dada no significa nada", el más simple descolocador que se haya inventado contra la mala clasificadora de la crítica) a los actos.

En un periódico de la época, el cronista d'Espagnós no puede ocultar su indignación narrando uno de ellos: "Con el mal gusto que los caracteriza —dice—, los dadaístas han apelado esta vez al resorte de lo terrorífico. La escena se desarrolló en un sótano, con todas las luces apagadas. Por una trampa subían gemidos. Un gracioso, escondido tras un armario, injuriaba a las personalidades presentes. André Breton masticaba fósforos, Ribemont-Dessaignes gritaba «¡Llévete sobre una calavera», Aragon maullaba, Soupault y Tzara jugaban a las escondidas, mientras Páret y Chouchoune se daban la mano continuamente. En el umbral, Jacques Rigaut contaba en voz alta el número de automóviles y de perlas de los concurrentes al acto".

El carisma creciente de Breton azalaba poco después quién sería el jefe indiscutido del movimiento por nacer: peleado con el pontífice en 1922, por una cuestión de principios, Tzara se erigió hasta 1926, cuando una reconciación lo incluye entre los militantes surrealistas hasta 1935, año de su defi-

nitiva ruptura con la filosofía vital de la que había sido vidente y partícipe.

Los años que corren entre la primera y la última separación son, sin embargo, los de mayor profundidad creadora en la vida del bardo: a ellos pertenecen los mejores títulos de su profuso catálogo, que incluye casi treinta volúmenes de poemas, e infinidad de obras críticas, ensayos, manifiestos, conferencias y prólogos.

Su evolución como hombre lo lleva entonces a dar el paso a la política: si su primer desencuentro con Breton es producto de su anarquía ("la ausencia de sistema es todavía un sistema, por lo menos es el más simpático"), el segundo será producto de su madurez. Tzara elige quedarse solo, renuncia a la vida literaria, y es así como lo encuentra Ramón Gómez de la Serna, en su hermosa casa de París, construida "con las piedras que le tiraron".

No parece que le fuera mal: casado con una sueca bellísima y millonaria, el otrora enjuto terrible divide su tiempo entre la devoción por el Partido Comunista, el estudio de François Villon, y los "tipos extraños, judíos de barba blanca, alemanes que trazan teorías elípticas, astrónomos, mujeres con trajes de noche como planetarios brillantes" que visitan su casa, donde la iluminación brota de libros entreabiertos de cara a la pared.

En los últimos años de su vida, sus amigos solían decir que se había vuelto melancólico, y vagaba por los cafés de la Rive Gauche, a la pesca de quien quisiera jugar con él un partido de damas. Seguramente sería otro método para investigar el prodigio, sin descuidar la trivialidad de la vida: él sabía la receta desde 1916, cuando un insignificante exiliado ruso lo eligió entre todos como compañero de sus ojeos y rival de ajedrez. La amistad duró poco porque el emigrado volvió a su patria al año siguiente: se llamaba Vladimir Illich Ulánov, y desde comienzos de siglo había popularizado el seudónimo de Lenin. ♦



Samán Tzara, delante de Breton, Eluard y Péret, en pleno ídilio surrealista (1932), y con Pablo Picasso (foto de la derecha), veinte años después: El camino del Dharma.



PRIMERA PLANA - Página 36

24 de diciembre de 1963 - Nº 217

B.A., Año VII - Nº 313, 24 al 30 de diciembre de 1968.

Muere Tristan Tzara. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Muere Tristan Tzara. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile